

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: ¡Aleluya!, ¡alabad al Señor! -

Salmo 113

(14 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.

© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Día 1

Salmo 113:1-9

¡Canten y alaben!

“¡Aleluya! ¡Alabad, siervos del Señor, alabad el nombre del Señor!” El Salmo 113 es una invitación a alabar a Dios en su grandeza, su poder y su gloria. En la tradición judía, este salmo es el primero de los seis salmos que juntos forman el himno del “Hallel”. Sigue perteneciendo a la liturgia de la Pascua, del Pentecostés y de la Fiesta de los Tabernáculos. En la celebración de la Pascua se cantan los Salmos 113 y 114 antes de la cena, y después se cantan los Salmos 115-118.

Estos salmos también Jesús y sus discípulos los oraron en aquella noche oscura en la que Él fue traicionado. “Y cuando hubieron cantado el himno, salieron al monte de los Olivos” (Mt. 26:30). Así recordaban la grandeza de Dios, su acción poderosa en la historia de su pueblo y en su vida personal. Se trata de *apartar* la vista de las circunstancias y de *alzar* la vista hacia Dios que es más grande que todo lo que nos quiere oprimir y atemorizar.

Así también nosotros encontramos aliento y estímulo, ayuda y consuelo en nuestros caminos con sus altibajos. “Corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y el consumidor de la fe” (He. 12:1b,2a). El Salmo 113 comienza y termina con un “Aleluya”, que es tanto una expresión de adoración como una invitación a la alabanza. Al leer el Salmo encontramos varias afirmaciones acerca de Dios que son motivo de alabanza:

1. El nombre maravilloso de Dios (vs. 1-3)
2. La grandeza y el poder de Dios (vs. 4-5)
3. La bondad y el amor de Dios (vs. 6-9)

“Bendito sea Dios, que no echó de sí mi oración, ni de mí su misericordia” (lea Sal. 66:16-20). ¡Tomémonos un tiempo para alabar! Porque la alabanza dirige nuestra mirada hacia Jesús, y la gratitud fortalece nuestra confianza.



Día 2

Salmo 113:1-3

1. El nombre maravilloso de Dios

En los primeros versículos, el salmista llama varias veces a la alabanza a los “siervos del Señor”. Se dirigía en primer lugar a los sacerdotes que servían en el templo y representaban al pueblo ante Dios. Era un privilegio alabar y servir a Dios. Después se daba la invitación a todos los seguidores de Dios, que querían amar y servir a Dios y buscaban Su presencia en el templo.

A través de Jesús, nuestro Salvador y Redentor, todos estamos invitados a alabar a Dios en todo el mundo, “del oriente al occidente” (trad. libre). Tenemos toda la razón para alabar el nombre del Señor como los amados y redimidos de Dios.

El santo nombre divino “Yahveh” – “Yo soy el que soy” – se escribe a menudo en la Biblia como *Señor* (Ex. 3:14,15, NVI). Algunos rasgos que se asocian con el nombre de Dios llaman nuestra atención:

- Su nombre es santo porque Dios es santo: “Bendice, alma mía, al Señor, y bendiga todo mi ser su santo nombre” (Sal. 103:1; comp. Lc. 1:49).
- Su nombre habla de la fidelidad de Dios: “Él me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre” (Sal. 23:3; comp. Sal. 115:1).
- Su nombre significa salvación y protección: “Torre fuerte es el nombre del Señor; a Él correrá el justo y será levantado” (Pr. 18:10; comp. Jl. 2:32).
- Su nombre da fuerza y autoridad: “Muchos adversarios de pueblos extranjeros me rodearon; en el nombre del Señor los eché a huir” (Sal. 118:10, trad. libre; comp. Sal. 20:7,8).

El nombre de Dios incluye un profundo misterio. Toda nuestra vida no será suficiente para comprender el significado de este nombre. Su nombre permanecerá para siempre. Su naturaleza divina no cambia. Así se manifiesta también en su Hijo Jesucristo (lea Hch. 4:12; Fil. 2:9,10). ¡Este conocimiento es muy consolador en las turbulencias de nuestros días!



Día 3

Salmos 113:1-3; 75:1

El nombre de Dios da esperanza

Veamos algunos títulos más de honor, que revelan el nombre de Dios y describen su naturaleza y dignidad:

- el Rey: "¿Quién es este Rey de gloria? Yahveh de los ejércitos, Él es el Rey de la gloria" (Sal. 24:10; comp. Jer. 10:10; 1.Ti. 6:15).
- el Pastor: "el Dios que me ha guiado desde el día en que nací hasta hoy" (Gn. 48:15b, NVI; comp. Sal. 23:1; Is. 40:11).
- el Todopoderoso: "Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir" (Ap. 4:8b; comp. Job 22:25,26; Sal. 91:1,2).
- el Salvador: "El Señor está en medio de ti, poderoso, Él salvará" (Sof. 3:17a; comp. Is. 49:26b; Lc. 1:47).
- el Redentor: "Con misericordia eterna tendré compasión de ti, dijo el Señor, tu Redentor" (Is. 54:8b; comp. Job 19:25; Is. 63:16).
- el Altísimo: "Has puesto al Señor por tu refugio, al Altísimo por tu protección (Sal. 91:9, NVI; comp. Sal. 46:4; Lc. 1:35).

Si nos dedicamos al nombre del Señor y respondemos con alabanza, entonces la impresión de la grandeza y autoridad de Dios nos acompañará. Esto cambiará nuestro modo de pensar. También influirá en nuestras decisiones y acciones. David se dirigió al filisteo Goliat, diciendo: "Tú vienes a mí con espada y lanza y jabalina; más yo vengo a ti en el nombre del Señor de los ejércitos, el Dios de los escuadrones de Israel, a quien tú has provocado" (1.S. 17:45).

"David muestra aquí un punto decisivo para cada conflicto: El otro puede presentar su armadura y demostrar su fortaleza. Pero en lo que a me concierne, David me enseña: *Trae el nombre de Dios a la situación, y entonces cambiarás tu posición con respecto al conflicto.* Esto nos da esperanza y apoyo" (D. Garbers).



Día 4

Salmos 113:1-3; 103:2

“No olvides ninguno de sus beneficios”

Después de la reconstrucción de la muralla de Jerusalén en los días de Nehemías, los levitas convocaron la alabanza a Dios, diciendo: “¡Levantaos, bendecid al Señor, vuestro Dios desde la eternidad hasta la eternidad! Y bendígase el nombre tuyo, glorioso y alto, ¡sobre toda bendición y alabanza! Tú solo eres el Señor; tú hiciste los cielos, y los cielos de los cielos, con todo su ejército, la tierra y todo lo que está en ella ...” (Neh. 9:5b,6a). Pero estas palabras no bastaron a los levitas para alabar y adorar a su Dios. Volvieron la mirada a los milagros de la historia de su pueblo, que son un testimonio impresionante de la misericordia y de la fidelidad de su Dios (Neh. 9:7-31).

En nuestra vida personal, miramos hacia atrás a un período de tiempo más corto; y probablemente vemos menos milagros. Y, sin embargo, vale la pena detenerse y recordar para descubrir las propias experiencias como motivos de alabanza. ¿Por qué no planificamos deliberadamente un espacio de tiempo para reflexionar? Hagamos preguntas tales como: ¿Cuándo he experimentado la bondad de Dios? ¿Cuándo Él intervino por mis peticiones de ayuda? ¿Qué es lo que más me sorprendió?

Algunos anotan estas hermosas experiencias por escrito, como apoyo de memoria, para dar gracias a Dios de manera concreta. Esto nos abre una nueva perspectiva hacia nuestra historia personal con Dios. “Te alabaré, oh Señor, con todo mi corazón; contaré todas tus maravillas. Me alegraré y me regocijaré en ti; cantaré a tu nombre, oh Altísimo” (Sal. 9:1,2).

El nombre de Dios debe ser alabado “desde ahora y para siempre”; esto leemos en el Salmo 113:2. Estamos llamados a comenzar *hoy* con la alabanza a Dios. Y si no tenemos suficiente tiempo, podemos detenernos un momento en medio del día y alabar a Dios. “Cada día te bendeciré, y alabaré tu nombre eternamente y para siempre” (Sal. 145:2).



Día 5

Salmo 113:3; Filipenses 2:9,10

“El nombre que es sobre todo nombre”

Cuando el salmista habla de que la alabanza a Dios debe resonar “desde el nacimiento del sol hasta donde se pone”, se refiere en primer lugar al período de un día. Pero esta expresión también tiene una dimensión mundial: del Este al Oeste, del Polo Norte al Polo Sur. Incluye las ciudades de millones de habitantes alrededor del globo, igual como las islas más desiertas en el Océano Pacífico. Por todos los lugares debe propagarse la alabanza que da a conocer el gran nombre de Dios, y que le honra. El salmista anhela el día en que todas las naciones de la tierra se unan en esta alabanza a Dios y le adoren.

Ese día llegará. El profeta Malaquías lo anunció por mandato de Dios: “Porque desde donde el sol nace hasta donde se pone, es grande mi nombre entre las naciones ..., dice el Señor de los ejércitos” (Mal. 1:11). No sabemos cuándo se cumplirá plenamente esta previsión. Pero el evangelio se está enviando a los rincones más recónditos del mundo a través de los medios de comunicación modernos. Y se propaga, a pesar de que hoy más cristianos que nunca, en todo el mundo, sufren persecución.

Muchos hombres encuentran al Señor y Salvador Jesucristo resucitado, de una manera sorprendente, y se vuelven a Él. Su nombre es el que está sobre todos los nombres y promete salvación y redención. Sólo en Su nombre hay perdón y esperanza de vida eterna (lea Hch. 4:12).

Pablo hace un resumen impresionante, diciendo: “La misericordia de Dios es incomprensible. Estábamos muertos a causa de nuestras transgresiones, pero Él nos amó tanto que nos dio vida juntamente con Cristo. ¡Por gracia sois salvos!” (Ef. 2:4,5, trad. libre; lea Hch. 2:37-39; 10:42,43).



Día 6

Salmo 113:4-6a

2. La grandeza y el poder de Dios

El salmista está impresionado por la superioridad de Dios. “El Señor domina sobre todas las naciones” (Sal. 113:4a, NVI). Aunque los pueblos paganos no conocen a Dios, Él dirige sus destinos. Esto se puede ver a través de toda la historia de Israel:

- El poderoso Faraón no podía imponer su dominio a la larga al pueblo de Israel en Egipto. Dios mismo salvó a su pueblo de la esclavitud (Ex. 14:30,31).
- El profeta Elías experimentó fuerte oposición. Pero la intervención de Dios en el Monte Carmelo aclaró quién es el Dios viviente. Todo el pueblo exclamó: “¡El Señor es Dios, el Señor es Dios!” (vea 1.R. 18:36-39).
- Cinco pueblos se unieron para formar una alianza contra los judíos para impedir la reconstrucción de las murallas de Jerusalén. Pero Nehemías dio la perspectiva correcta a la amenaza, y animó a su pueblo con estas palabras: “No temáis delante de ellos; acordaos del Señor, grande y temible” (Neh. 4:14).
- Los amigos de Daniel no se arrodillaron ante el mandato de los gobernantes babilonios. Después de que el Dios viviente los había salvado del horno de fuego ardiendo, el soberano babilónico Nabucodonosor declaró: “No hay dios que pueda librar como éste” (Dn. 3:29b).
- Darío fue presionado por su propia legislación. Finalmente accedió a la petición exigente de echar a Daniel al foso de los leones. Pero también allí se hizo evidente la grandeza de Dios. Así que el rey persa dio el mandato escrito en muchos idiomas: “Que en todo el dominio de mi reino todos teman y tiemblen ante la presencia del Dios de Daniel; porque Él es el Dios viviente y permanece por todos los siglos, y su reino no será jamás destruido, y su dominio jamás tendrá fin” (Dn. 6:26).

Tal vez usted desee sumergirse en uno de los acontecimientos para descubrir nuevamente que “Tú, Señor, eres el soberano supremo de toda la tierra” (Sal. 97:9, trad. libre).



Día 7

Salmos 113:4; 104:31-33

Ver la gloria de Dios

“Excelso es el Señor sobre todas las naciones, y su gloria resplandece en el cielo” (Sal. 113:4, trad. libre). La palabra hebrea para “gloria” significa “importancia”. En cuanto a Dios, la gloria describe lo significativo de su persona, su majestad, su poder y su belleza. Su gloria es única, no podemos comprenderla ni expresarla con nuestras palabras. Cuando Dios “manifiesta” su gloria en el Antiguo Testamento, lo hace de forma encubierta, como en la columna de nube, dando testimonio de su poderosa intervención (lea Éx. 13:21,22; 14:30,31).

Ningún hombre puede ver a Dios en su santa gloria. No lo soportaríamos. Cuando Moisés pronunció el deseo de su corazón: “¡Déjame verte en todo tu esplendor!”, el Señor respondió: “Cerca de mí hay un lugar sobre una roca. Puedes quedarte allí. Cuando yo pase en todo mi esplendor, te pondré en una hendidura de la roca, y te cubriré con mi mano, hasta que haya pasado. Luego retiraré la mano, y podrás verme la espalda. Pero mi rostro no lo verás” (Ex. 33:18,21-23, NVI).

En el Nuevo Testamento, Dios se hizo visible en Jesús. En Él habita toda la gloria de Dios. A veces nos gustaría ver más de la gloria de Dios. Pero a menudo sólo vemos rastros de Él, miramos tras Él, en su “espalda”. ¡Busquemos las huellas de Dios en nuestra vida y en este mundo!

Podemos pedir siempre a Dios, que Él nos llame la atención sobre Sus huellas. Que veamos Su gracia frente a la culpa de nuestra vida. Que veamos Su gloria donde sentimos la miseria de este mundo. Que descubramos Su amor aunque nuestro corazón se sienta abandonado. Pidamos a Dios que nos abra los ojos internos. A Marta Jesús le dijo: “¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?” (Jn. 11:40).



Día 8

Salmos 113:5; 86:8-10

Nadie es como nuestro Dios

“¿Quién como el Señor, nuestro Dios, que se sienta en las alturas?” (Sal. 113:5). Es la incomparable grandeza y gloria de Dios la que les anima y da confianza a los creyentes en el Antiguo Testamento. En plena vida se ven afectados por el sufrimiento y la persecución, involucrados en luchas y dificultades. Pero ellos fijan su mirada en el Dios Todopoderoso:

- “¿Quién en los cielos se igualará al Señor? ¿Qué ser celestial está en el mismo nivel que el Señor? Dios formidable es en la asamblea de los santos ángeles, glorioso y portentoso para todos los que le rodean. Señor, Dios Todopoderoso, ¿quién como tú? ¡Poderoso eres, Señor, ¡Tú eres la fidelidad en persona!” (Sal. 89:6-8, trad. libre).

- “No hay nadie como el Dios de Jesurún, quien para ayudarte cabalga en los cielos, entre las nubes, con toda su majestad. El Dios sempiterno es tu refugio; por siempre te sostiene entre sus brazos” (Dt. 33:26,27a, NVI).

- “¿No has sabido, no has oído que el Dios eterno es el Señor, el cual creó los confines de la tierra? No desfallece, ni se fatiga con cansancio, y su entendimiento no hay quien lo alcance” (Is. 40:28).

Nadie le llega ni a la suela del zapato a este Dios o puede aproximarse a una comparación con Él. Parece absurdo que el pueblo de Dios una y otra vez buscaba ayuda de dioses hechos por sí mismos. Por eso el profeta Jeremías tuvo que advertir: “¿Hay alguna nación que haya cambiado de dioses, a pesar de que no son dioses? ¡Pues mi pueblo ha cambiado al que es su gloria, por lo que no sirve para nada! (Jer. 2:11, NVI).

Una y otra vez estamos a las puertas de la decisión de en quién y en qué queremos confiar. David nos ayuda a orar: “Guárdame, oh Dios, porque *en ti he confiado*” (Sal. 16:1).



Día 9

Salmo 113:5-9; 2.Crónicas 16:9a

3. La bondad y el amor de Dios

“¿Quién como el Señor, nuestro Dios, que se sienta en las alturas, que se humilla a mirar en el cielo y en la tierra?” (Sal. 113:5,6) Nuestro Dios es único. Él está sentado en soberanía sobre todo lo terrenal – pero no se mantiene a distancia. Se inclina hacia nosotros y se preocupa por nosotros, porque:

- *Él es el Buen Pastor.*

Conoce bien a sus ovejas, las cuida, las guía y se ocupa de ellas (lea Sal. 23:1-6; Jn. 10:1-4).

- *Él es el Padre celestial.*

Le interesa todo lo que nos preocupa. Sabe lo que necesitamos. Él cuida de nosotros y deja con gusto que sus hijos le pidan algo (lea Mt. 6:8b,34; 7:11).

- *Nos llama sus amigos.*

Ya Abraham fue llamado así: “Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia, y fue llamado amigo de Dios” (Stg. 2:23b; comp. 2.Cr. 20:7; Is. 41:8). Como amigo de Dios, él recibió comunicaciones confidenciales (Gn. 18:17). Dios le habló también a Moisés “como quien habla con un amigo” (Ex. 33:11).

Jesús incluso a *nosotros* nos llama sus amigos. Su corazón se apasiona por nosotros. Él nos dice: “Ya no os llamaré siervos; porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer” (Jn. 15:15).

Jesús permite a sus discípulos que se enteren de Su propio corazón – una característica esencial de la verdadera amistad. En Su amor está dispuesto a dar todo por sus amigos: “Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos” (Jn. 15:13).

¡Y con este gran amor nos ama hoy! (Jn. 3:16; comp. Jn. 15:9)



DÍA 10

Salmo 113:6,7; 1.Corintios 1:27-29

El Altísimo “se humilla a mirar”

La Biblia nos muestra en muchos casos cómo Dios se dedica a personas que están profundamente en desventaja. “El carácter único de Dios se manifiesta en el hecho de que los rechazados por la mayoría de la sociedad son los respetados por Dios” (T. Popp). Jesús no se preocupa en primer lugar por aquellos que son privilegiados en la sociedad, a quienes todas las puertas les están abiertas y quienes, por lo tanto, están convencidos de que no necesitan la ayuda de Dios. Por el contrario, Él “se inclina para mirar” (Sal. 113:6, trad. libre) y se dirige a los marginados, a los que no están en el centro de atención, a los que no tienen ningún lobby ni ningún ayudante.

“El Señor vuestro Dios es el Dios de todos los dioses, y el Señor de todos los señores. Él es el gran Dios, poderoso y temible, imparcial e incorruptible. Él hace justicia a las viudas y a los huérfanos, y ama a los extranjeros, y les da alimento y vestido” (Dt. 10:17,18, trad. libre). Dios intercede a favor de los débiles y enfermos, a los que la sociedad los rehúye (lea Mt. 8:1-3;14-17).

Martín Lutero llama a esto “la humildad de Dios” y escribe: “Porque Él es el Altísimo, y no hay nada por encima de Él, no puede mirar por encima de sí mismo, ni puede mirar a su lado. Porque no hay nadie como Él, necesita mirar debajo de sí mismo. Cuanto más profundo uno esté debajo de Él, mejor Él le ve. Pero los ojos del mundo y de los hombres se fijan, de manera absurda, por encima de sí, queriendo subir. Pero es la manera de Dios, hacer algo de la nada. De la muerte hace la vida, del pecado la justicia, del oprobio la honra, de la pobreza la riqueza ... Por eso Dios es llamado Dios de los pobres y de los afligidos, que no apaga la mecha que apenas arde” (comp. Is. 42:3, NVI).

¿Pueden otras personas ver por nuestra conducta los importantes y valiosos que son ellos a los ojos de Dios?



Día 11

Salmo 113:7; Mateo 9:12,13

Levantado

“Él levanta del polvo al pobre y saca del muladar al necesitado” (Sal. 113:7, NVI). Esto no solo se refiere a los pobres, los débiles y los enfermos mencionados. Conciérneme también aquellos que aún no conocen a Dios o que se han apartado de Él. La Biblia los llama pecadores.

En la parábola del hijo pródigo, Jesús describe vívidamente cómo un padre trató a su hijo después de que éste se había rebajado hasta la convivencia con los cerdos, por su propia decisión (Lc. 15:11-24). Había llegado al más bajo nivel. Había derrochado toda su herencia. Así, habiendo llegado debajo del todo, desmoronado y sin ninguna perspectiva para sí, comenzó a pensar y a recordar a su padre y a su casa. Fracasado de sí mismo y profundamente avergonzado, partió sin saber lo que le esperaba ...

Ya ve a su padre desde lejos. ¡Éste hasta corre hacia él y le abraza! ¡Qué recibimiento! El hijo admite su culpa. El padre le perdona de corazón y le reinstala con todos derechos de hijo. Celebran una gran fiesta con el motivo: “Porque este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido y es hallado” (Lc. 15:24).

Así es Dios, nuestro Padre celestial:

- Él espera que nos volvamos a Él (lea Zac. 1:3; Jn. 6:36,37).
- Él viene a nuestro encuentro. “El Dios que me ama vendrá a mi encuentro” (Sal. 59:11a, trad. libre; comp. Ef. 1:4-6).
- Él nos da la bienvenida en su comunión (lea 1.Co. 1:9; 1.Jn. 1:3,4).
- Nos confía sus bienes. “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con Él todas las cosas?” (Ro. 8:32; comp. Ef. 1:18-20).

¡Nuestro Señor nos levanta y nos concede un nuevo comienzo!



Día 12

Salmos 113:7; 34:18

Comisionado

Dios se inclina y levanta al hombre (comp. Is. 57:15; Sal. 51:17). Una y otra vez, los hombres han tenido esta experiencia de que en el punto más bajo de sus vidas se encontraron con Dios en su gran gracia.

Pedro estaba firmemente convencido de que podía permanecer fiel a Jesús, aunque le costara la vida (Lc. 22:31-34). El caso de prueba sucedió, cuando Jesús fue interrogado ante el sumo sacerdote Anás. Y Pedro no pudo resistir la presión. Tres veces negó conocer a Jesús. Inmediatamente después, el gallo cantó. Jesús se volvió y le miró. Entonces Pedro se dio cuenta de lo mucho que se había sobreestimado a sí mismo. Lloró amargamente por su fracaso (Lc. 22:54-62). ¡Pero este no fue el final de la historia entre Pedro y Jesús!

Algún tiempo después, el Señor resucitado estaba a la orilla del lago de Galilea. Durante el desayuno a la brasa, Jesús le dio a Pedro, que le había negado tres veces, la oportunidad de responder a tres preguntas. Estas preguntas no se referían a una afiliación formal, sino a la actitud de su corazón: “¿Me amas?” ¿Y Pedro? Conociendo sus límites, se atrevió a afirmar su amor a Jesús: “Sí, Señor, tú sabes que te amo.” El perdón de Dios acabó en su nueva comisión de ser un pastor para aquellos que querían aprender a vivir en la fe (Jn. 21:15-17).

Cuando estudiamos las cartas de Pedro, vemos cómo el Espíritu de Dios endereza al que tiene “el corazón contrito y humillado” (Sal. 51:17b) y como por él bendice a los demás. Falta que nos humillemos bajo la poderosa mano de Dios, si la queremos ver en acción. Él resiste a los soberbios y nos fortalece a su tiempo (lea 1.P. 5:5b, 6,10,11).



Día 13

Salmo 113:7,8; Efesios 1:4-6

Elegido

¡Dios no hace cosas a medias! Él no sólo nos saca del polvo y de la suciedad. A menudo utiliza situaciones y condiciones difíciles para preparar a la gente para un servicio especial en su reino:

La biografía de José tiene muchos altibajos. Pero Dios tenía un plan para su vida. José les dijo a sus hermanos: “Por eso Dios me ha mandado con anticipación. Su plan es que ustedes y sus descendientes sobrevivan, para que Él pueda hacer una obra de salvación aún mayor en ustedes. No son ustedes los que me trajeron aquí, sino Dios. Él me ha puesto por padre de Faraón, y por señor de toda su corte, y por gobernador en toda la tierra de Egipto” (Gn. 45:7-8, trad. libre).

David era el hijo menor de Isaí y pastoreaba sus ovejas. Y Dios lo quitó del rebaño, y lo ungió por mano de Samuel para ser rey de Israel. Seguían muchos años de amenazas, huidas y peligros, hasta que David pudo unir a Israel y derrotar a los enemigos (1.S. 16:10-13; 2.S. 5:1-5). Pero la bendición de Dios para el reinado de David incluyó mucho más: Era el anuncio de un descendiente que establecería el reino eterno de Dios – ¡Jesús! (2.S. 7:11b-13; comp. Hch. 2:29-36).

También en los asuntos comunes cotidianos, Dios encarga y guía de la misma manera. A Él le gusta elegir a aquellos con los que no se cuenta. Su grandeza se verá en éste. Pablo escribe: “Hermanos, consideren su propio llamamiento: No muchos de ustedes son sabios, según criterios meramente humanos; ni son muchos los poderosos ni muchos los de noble cuna. ... También escogió Dios lo más bajo y despreciado, y lo que no es nada, para anular lo que es, a fin de que en su presencia nadie pueda jactarse” (1.Co. 1:26,28,29, NVI; comp. Jer. 9:23,24).
¿Qué misión me confía Dios hoy?



Día 14

Salmos 113:5,9; 112:1,2

Bendito

Por último, el salmista habla de la angustia de la mujer estéril. En muchos países del mundo la opinión sigue siendo la misma como en aquella época, en el Oriente: El valor de una mujer consistía en dar a luz hijos a su marido. La infertilidad en Israel se interpretaba como un castigo de Dios, porque Su bendición estaba íntimamente ligada a la promesa de tener descendencia (lea Dt. 7:12-14; comp. Sal. 127:3). La falta de perspectivas, junto con el desprecio y los celos, llevan a menudo a grandes sufrimientos (comp. Gn. 16:1-6; 1.S. 1:4-7).

Sin embargo, en la Biblia podemos hacer una observación interesante: “Mientras que para los pueblos paganos la maternidad es la cosa más natural del mundo, en Israel esto no resulta de sí mismo, sino que requiere la intervención de Dios una y otra vez. No es un proceso solo natural, sino es parte de la historia de la salvación – con Abraham y Sara, Isaac y Rebeca, Jacob y Raquel y Lea, con Ana, la madre de Samuel, y con Zacarías y Elisabet. En Israel no se da por hecho que haya una próxima generación, sino que es la obra de Dios que exalta a los humildes” (M. Loerbroks).

Por eso, el salmista señala consoladoramente al gran Dios, para quien nada es imposible. (Lea Gn. 18:13,14). Por Jesús sabemos que la bondad y la bendición de Dios no se pueden comprobar por la presencia de sus dones. La falta de salud o de hijos no es prueba de la falta de Su bendición.

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo” (Ef. 1:3; comp. 1.P. 3:9b). Esta bendición también puede manifestarse de manera que una persona físicamente estéril sea espiritualmente fértil y contribuya a que hombres se conviertan en hijos de Dios. ¡Aleluya!


